



*Circolare
del Superiore Generale*

SOCIETA DI MARIA - MARIANISTI

CIRCULAR N° 16

**A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS
DE MEDIANA EDAD (ENTRE LOS 40 Y LOS
70 AÑOS)**

P. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

**Roma, 8 de diciembre de 2005
Fiesta de la Inmaculada Concepción**

CIRCULAR N° 16
8 DE DICIEMBRE DE 2005

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.
Superior General y Misionero Apostólico,
a todos los Hermanos de la Compañía de
María

**A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS DE MEDIANA
EDAD (ENTRE LOS 40 Y LOS 70 AÑOS)**

Queridos hermanos,

A lo largo estos años, trabajando en Roma y viajando a las diversas Unidades de la Compañía por todo el mundo, me ha sorprendido ver el papel desempeñado por las diferentes generaciones de la Compañía. Cada edad aporta distintas gracias, distintos retos y necesidades.

Este año, a medida que voy aproximándome al final de mi servicio en la Administración General, he publicado ya dos circulares, una para los religiosos por encima de los 70 años, y otra para nuestros religiosos más jóvenes, por debajo de los 40. Ahora completo esta serie con una tercera carta dirigida a los que estáis comprendidos entre ambos. Si os interesa, quizá también deseéis leer las cartas dirigidas a los otros grupos. De este modo, espero estimular cierta reflexión acerca de nuestras tareas de vida, y cierto diálogo entre los distintos grupos de edad de la Compañía. Es un placer escribiros esta carta, aunque no es tan fácil. Después de todo, yo pertenezco a vuestro grupo, aunque estoy en el extremo superior. Veréis que frecuentemente escribiré en primera persona del plural. ¡No es tan sencillo escribir sobre algo mientras aún se está viviendo! Por otra parte, vuestro grupo es probablemente el más heterogéneo de los tres, y va desde responsables de las tareas apostólicas, abrumados de trabajo y responsabilidades, hasta jubilados anticipadamente.

Los religiosos de entre 40 y 70 años representan casi la mitad de la compañía (631-46%) y son nuestro más sólido puntal en estos momentos, los hombres en quienes contamos para un ministerio maduro y para la dirección. Pero uno de nuestros problemas es que no hay bastantes religiosos en el extremo inferior de esta categoría. Hay solamente 126 (el 9% de nuestros religiosos) entre 41 y 50 años de edad, y 171 (el 12%) entre 51 y 60 años. Los que tenemos entre 60 y 70, por el contrario, somos el grupo más numeroso actualmente, con 334 religiosos (el 24% del total). Los sexagenarios todavía contamos, para la mayor parte, como "religiosos maduros y activos" pero es una ilusión y un eufemismo hablar de nosotros diciendo que estamos en la "mitad de la vida." Natural y debidamente, antes de no mucho tiempo estaremos pasando al retiro activo.

Está claro que, como Compañía, durante algún tiempo tendremos que contar con un número relativamente limitado de hombres experimentados disponibles para soportar la parte más recia de nuestra vida y misión como religiosos marianistas. No obstante, sabemos que la fe y el dinamismo cuentan más que la cantidad, y que el Señor y María pueden hacer cosas maravillosas con un pequeño pero sólido núcleo de personas entregadas y vigorosas.

Os escribo a todos vosotros como miembros de este diverso grupo, en primer lugar para daros las gracias por vuestra dedicación, profesionalismo y capacidad, vuestra valentía haciendo frente a la realidad, y vuestra fidelidad creativa como misioneros de María. También quiero animaros a aprovechar al máximo vuestros dones naturales y sólida formación, sobre todo para asumir una postura positiva, llena de fe, en vuestra función como figuras centrales en la vida y obra de la Compañía de María en la actualidad, y como constructores de puentes entre nuestro pasado y nuestro futuro.

Viviendo en un mundo en transición y una iglesia que cambia

Nuestros tiempos han sido fundamentales y liminares. Algunos de nosotros somos miembros de la “Generación del 68” en Europa, o de los “baby-boomers” y de los que pelearon con la guerra de Vietnam en Estados Unidos. Hemos tenido que soportar grandes replanteamientos y transformaciones, hemos vivido transiciones muy diversas en la esfera de lo político, tecnológico, económico y social. ¡Qué cambio desde la era de Stalin y Churchill a la de Kofi Annan y Tony Blair, desde el gramófono a Internet, desde el neo-escolasticismo al post-modernismo, desde la era de la guerra fría a la de la globalización...!

Eclesialmente, hemos sido protagonistas importantes de la era post-conciliar y de cambios de envergadura en la vida marianista. La mayor parte de nosotros hemos interiorizado y promovido los grandes avances del Concilio Vaticano Segundo, especialmente su visión de una Iglesia dialogante y participativa, el Pueblo de Dios en peregrinaje a través de los tiempos (*Lumen Gentium*). Las personas de nuestra edad han promovido e impulsado la llamada del Concilio a mantener relaciones críticas aunque constructivas con todas las personas de buena voluntad para hacer frente a necesidades urgentes y satisfacer las aspiraciones del mundo moderno (*Gaudium et Spes*). A lo largo de los años, muchos de nuestros amigos y contemporáneos han optado por dejar el apostolado y la vida religiosa, y este hecho doloroso nos ha marcado profundamente. Hemos participado en importantes discernimientos, personalmente y en comunidad, acerca de asuntos que superar, y otros que mantener o adaptar.

La mayoría de nosotros tenemos relaciones importantes con personas de mentalidad más antigua, algunas de las cuales aún suspiran por la iglesia sólida como una roca de sus años jóvenes, con una sensación de pérdida. Al mismo tiempo, también convivimos con jóvenes que no saben nada de la Iglesia preconciliar y necesitan formación sobre los aspectos básicos de la vida cristiana. Tenemos una misión que cumplir en relación con cada uno de estos grupos, los mayores y los más jóvenes. Fácilmente acabamos por sentirnos ambivalentes y desgarrados entre ambos grupos.

A veces puede que sintamos cierta tristeza o decepción por la Iglesia tal y como la conocemos hoy. En los años post-conciliares muchos tenían grandes esperanzas y expectativas eclesiales que no se han cumplido. Algunos de nosotros deseábamos ciertas reformas que no se han producido. Quizá algunas de estas aspiraciones fueran desatinadas, o al menos irrealistas.

Además, la vida religiosa apostólica con la que estamos comprometidos parece tener un papel incómodo en la actualidad, en particular en el hemisferio norte. Sigue jugando un papel de gran importancia, pero a veces le cuesta encontrar el lugar que le corresponde en una Iglesia que llama a todos los laicos a ser apostólicos, que frecuentemente identifica la vida religiosa con prácticas monásticas, que parece considerar el papel de los Hermanos como algo marginal, y que centra la mayor parte de la reflexión sobre el rol del sacerdote en el clero diocesano.

Pudiera ser que en estos tiempos estemos destinados a ser una presencia alternativa, a promover un estilo y visión de la Iglesia que no encaja ni perfecta ni cómodamente en las categorías habituales.

Pero, si tuviéramos que encajar mejor, sin fricción alguna, ¿seríamos realmente fieles a nuestra llamada?

En los últimos años los marianistas han hablado mucho de un “modelo mariano de Iglesia” como un estilo distintivo de vivir nuestro carisma en estos tiempos. La realización de este modelo de Iglesia sin duda depende más de personas de nuestro grupo de edad que de ningún otro; después de todo, somos los que marcamos el tono y creamos la cultura colectiva del momento actual. Si modelamos una Iglesia dialogante, incluyente y en solidaridad con los pobres, tendrá oportunidades de suceder, al menos en nuestros entornos inmediatos.

Nuestra forma de asimilar el Concilio y de hacer frente a los retos de nuestros tiempos seguirá teniendo una gran relevancia para la vida de la Iglesia durante muchas generaciones venideras. No deberíamos esperar que otros vayan a seguir exactamente las mismas interpretaciones que las nuestras. Pero nuestra influencia y nuestro ejemplo de resistencia y desarrollo continuos, nuestros éxitos y nuestros fracasos, quizá marquen un camino que perdure largo tiempo en el futuro.

Constructores de puentes entre culturas y generaciones

Estamos llamados a tender puentes en nuestro mundo cambiante y en la Iglesia. Por ejemplo, queremos estar cerca de los jóvenes de hoy, los de nuestras comunidades y los que conocemos en nuestro apostolado. Quizá podemos ser mentores para algunos de ellos, transmitiendo lo que hemos aprendido y experimentado, y después haciéndonos a un lado para dejar que se desarrollen a su manera. En algunos lugares nos sentimos desafiados por miembros de esta generación más joven que parecen desear una vuelta a prácticas del pasado, quizá en búsqueda de una fuerte identidad cristiana. Es como si repudiasen lo que nosotros consideramos ser logros. A pesar de esta dolorosa lucha, quizá juntos podamos contribuir a una nueva síntesis de vida cristiana para las generaciones futuras.

En este papel de constructores de puentes también tenemos que hacer todo cuanto podamos por ayudar a la generación de más edad: animarles a seguir viviendo su honesta verdad, involucrarles en la vida de toda la comunidad y, sobre todo, escucharles en la convicción de que su sabiduría y experiencia son un valor para la actualidad. Podríamos vernos tentados de rechazar lo que tienen que decir por trasnochado o simplemente repetitivo. Pero, tenemos mucho que comprender y aprender de su experiencia. Nuestro respeto también puede ayudarles a lograr una integridad plena cuando echan la vista atrás en su vida.

Muchos de nosotros tenemos una viva e importante experiencia de los retos de la inculturación. Nuestra generación de marianistas es mayoritariamente europea y norteamericana, mientras que aquellos a los que frecuentemente acompañamos hacia la madurez como marianistas religiosos vienen predominantemente de otros continentes. La vida marianista del futuro, que ahora estamos ayudando a construir, será pluriforme y multi-étnica, más que cualquier cosa que hayamos conocido hasta ahora. En nuestra Iglesia y en nuestro mundo globalizados, estemos en donde estemos, vivimos en la cúspide de una transición, llamados a ser más conscientes que nunca antes de la comprensión, inculturación y solidaridad multiculturales.

Debemos esforzarnos cuanto podamos por comprender y apreciar las culturas y perspectivas de quienes vienen de contextos históricos, educacionales y familiares radicalmente diferentes a los nuestros. Muchas veces nos vemos tentados de intentar occidentalizarlos, de neutralizar la diferencia de sus culturas y de homogeneizarlos con nosotros mismos. En cambio, estamos llamados a transmitir sabiduría y valores, pero también a dejar mucho espacio libre para que ellos desarrollen sus propias expresiones y estilos de vida marianista.

Actuar como puente o como pivote entre grupos de edad y culturas no es fácil. Este papel desafía muchas asunciones. Muchas veces es una prueba de paciencia. Sin embargo, nuestra llamada como religiosos maduros y experimentados es ser positivos hacia los que son diferentes de nosotros. Dios está trabajando en ellos, tal y como creemos que trabaja en nosotros.

No debemos ser demasiado duros con otras culturas u otras generaciones. No tenemos que esperar que los demás vayan a seguir nuestra dirección sin cuestionarse nada. Dios tiene un plan de amor para utilizar toda la riqueza de la cultura humana, toda la experiencia y prudente sabiduría de los mayores, todo el idealismo y la sinceridad de los jóvenes, su generosidad y creatividad, para el Reino de Dios. Dios desea hacer “algo nuevo” en y a través de todos nosotros (Isaías 43:19), como una comunidad. Como puentes, desempeñamos un papel esencial en esta comunidad en evolución.

Oportunidades espirituales a mitad de la vida

La vida espiritual nunca está estancada. Constantemente se desarrolla o retrocede, al ritmo de nuestro crecimiento humano y psicológico. Hacia el mitad de la vida no sólo hay desafíos, sino también dones especiales disponibles para nosotros como personas que quieren ser discípulos fieles. Simplemente me gustaría hacer algunos comentarios sobre dos de estos dones: la fidelidad creativa y la generatividad.

La creatividad es al mismo tiempo una oportunidad y un desafío. La madurez es un tiempo para muchas responsabilidades, para dar forma a la herencia que transmitimos a los que nos seguirán. En un mundo caracterizado por rápidos cambios, la creatividad es especialmente importante. Por supuesto, no todo lo que se califica de nuevo y creativo es automáticamente bueno. El Papa Juan Pablo en su Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* identificaba la “fidelidad creativa” como un desafío único para los que hoy son responsables de la dirección en la vida religiosa: siguiendo la comprensión fundamental del carisma que hemos recibido, pero con un empuje creativo e inventivo para adaptarlo a las circunstancias de nuestro mundo cambiante.

De los que estamos en esta etapa de la vida normalmente puede esperarse que asumamos la dirección en cualquier tipo de “fidelidad creativa” que venga a caracterizar a la Iglesia y a la Compañía de María de nuestro tiempo. Esta es una enorme responsabilidad y una oportunidad de hacer una contribución duradera. Un riesgo es la adaptación fácil, cediendo a simples modas, echando agua sobre nuestra herencia. Otro es aferrarnos rígidamente al pasado. Cuando logramos abrir una vía entre ambos riesgos, nos convertimos en signos de esperanza para muchas personas.

Otra de las oportunidades espirituales características de la madurez es lo que los psicólogos denominan “generatividad”. La generatividad es el deseo de dar nueva vida, de transmitir una experiencia valiosa y bien merecida. Los padres experimentan el impulso de transmitir su vida a sus hijos. Nosotros los religiosos experimentamos un deseo similar de guiar y asesorar a nuestros estudiantes y jóvenes hermanos. Deseamos naturalmente transmitir nuestros tesoros de fe y sabiduría, nuestra experiencia de valores y cultura, a la generación futura. Esta generatividad es un aspecto de la misión característica de las personas en esta etapa intermedia de la vida.

La generatividad es algo bueno, pero puede convertirnos en dominantes y controladores. Estamos llamados a aprender a dar vida y a transmitir sabiduría de manera eficaz, pero sin compulsión.

Tentaciones y oportunidades para el crecimiento: la “tarea de purificación”

Algunos escollos específicos acechan a los que están en esta etapa de la vida, en plenitud de actividad y de responsabilidad. Los antiguos escritores cristianos hablaban del peligro en la

madurez de la “*acedia*” – una especie de indolencia o pereza espiritual. La tradición espiritual medieval hablaba inquietantemente de “el demonio del mediodía”.

Aunque su vocabulario era diferente del de épocas anteriores y del nuestro actualmente, nuestro fundador también sabía mucho de las tentaciones, desafíos, y oportunidades de esta etapa de la vida. El Beato Padre Chaminade experimentó personalmente tiempos de transición, la carga de la responsabilidad, la dirección en la misión, la llamada a la fidelidad creativa y la generatividad en la comunidad. Sabía que nuestros mayores retos espirituales frecuentemente surgen muy directamente de nuestro trabajo diario. Abordó estos temas de la espiritualidad en la madurez en sus enseñanzas sobre la “tarea de purificación”.

Siguiendo su análisis, me gustaría reflexionar sobre algunas de las manifestaciones más habituales del “demonio del mediodía” tal y como lo conocemos en la actualidad:

- *Egoísmo dominante*: la mayoría de nosotros hemos llegado a una fase de madurez en donde nos sentimos bastante capaces de estar en pie por nosotros mismos. Tenemos preferencias y especializaciones bien definidas. Fácilmente podemos convertirnos en activistas, totalmente involucrados en un trabajo que parece depender de nosotros mismos. Las tendencias temperamentales pueden inmiscuirse en el camino de lo que Dios quiere lograr – un sentido de superioridad, por ejemplo, o de actividad compulsiva, un deseo de control, orgullo o ambición. En su tratamiento de las experiencias purificadoras habituales en esta etapa, el P. Chaminade identificaba la “desconfianza de uno mismo”, un sentido de humildad práctica, como virtud para desarrollarnos sin vernos arrastrados por la auto-suficiencia.
- *Prioridades cortas de miras*: En medio de las muchas responsabilidades que tenemos, podemos convertirnos en poco más que hombres de negocios, absortos exclusivamente en la administración de “nuestras” empresas. Podemos llegar a obsesionarnos con detalles y asuntos triviales, medios más que objetivos, tareas más que misiones. Es fácil estrechar nuestro enfoque, fijar criterios externos de éxito como presupuestos equilibrados, buenas reputaciones, buenos resultados académicos, y amigos influyentes. Tras muchos años de vida religiosa, podemos volvernos descuidados y despreocupados. Somos personas maduras y recibimos justamente un amplio margen de respeto y confianza de los demás; ya no tenemos que rendir cuentas ante tantas personas, y por eso empezamos a descuidar los detalles en el cumplimiento de los votos que hemos prometido. Podemos ser susceptibles de influencias dañinas y de la atracción del mismo demonio. El P. Chaminade subrayaba el “recurso a la oración” y la “firme renovación de nuestras intenciones” como virtudes de purificación necesarias para mantener nuestras prioridades claras en medio de toda nuestra actividad y producción.
- *Impaciencia*: en esta etapa de la vida tenemos motivos para tender a sentirnos más seguros de nosotros mismos, más experimentados y capaces. Muchas veces nos sentimos irritados y frustrados ante las limitaciones de los demás. El resultado puede ser la expectativa de medir a la gente según nuestros estándares en lugar de permitir que se desarrollen a su propio ritmo, de acuerdo con sus propios dones y gracias. El P. Chaminade identificaba la “paciencia” resignada como una virtud de purificación especial en esta fase de nuestras vidas.
- *Parálisis y Desaliento*: Aunque hemos conseguido una rica experiencia, también hemos conocido algunos fracasos. Por ello, frecuentemente experimentamos también debilidades e inseguridades. Nos sentimos tentados de contenernos, de huir de los desafíos, de evitar cualquier posible error. A veces, la carga de expectativas puede ser tal que no logramos

decidirnos sobre qué hacer. El P. Chaminade resaltaba la “confianza en Dios” como una virtud clave en nuestro tiempo de vida. Para contrarrestar la parálisis de la vacilación perfeccionista, también enseñaba a sus seguidores la virtud del “recurso a la orientación prudente”. En cualquier caso, él creía firmemente que no podemos lograr nada por nosotros solos. Cualquier cosa buena que hacemos es un don que Dios nos da. Deberíamos confiar en Dios, buscar buen consejo, y después avanzar sin vacilación.

- *Individualismo*: La Comunidad representa un desafío especial a nuestra edad. Muchos de nosotros tenemos círculos de amigos que nos consideran puntos de referencia especiales. Pensamos que podemos tener éxito por nosotros mismos, y no necesitamos tanto a los demás. Podemos centrarnos demasiado en nosotros mismos, convencernos de que somos indispensables, concentrarnos en fomentar nuestras carreras, no atender lo suficiente al desarrollo pleno de los demás. Es fácil encerrarnos en nuestros propios pequeños mundos autosuficientes. La llamada a ser comunidad con otros para el bien del reino de Dios es particularmente importante en estos años, puesto que estamos en una edad en la que podemos ofrecer una contribución particularmente rica. Pero podemos perder interés. El P. Chaminade sabía que las virtudes de comunidad son especialmente purificadoras en este momento de nuestra vida.

Sólo si reflexionamos conscientemente y en oración sobre la llamada de Dios a nosotros seremos capaces de evitar los escollos del demonio del mediodía, superar la *acedia*, y darnos cuenta del rico potencial de este momento de nuestra vida. Las reflexiones de nuestro fundador respecto a la “tarea de purificación”, sólo esbozada en sus escritos, pueden adquirir solidez y profundidad en nuestra experiencia de hoy.

Siendo “misioneros apostólicos”

Cuando el P. Chaminade regresó a Francia del exilio, estaba en puertas de los 40. Ya tenía una intensa experiencia personal de las “virtudes de la purificación” que acabamos de mencionar. Sentía en su interior los impulsos de los que hemos estado hablando: generatividad y creatividad, la necesidad de tender puentes entre generaciones y mentalidades. Dedicó el resto de su vida a canalizar estos impulsos como misionero. El resultado de sus esfuerzos es visible para todos en la historia de su vida.

Al comienzo de su apostolado posterior al exilio, la forma de nuestro fundador de encontrar un ancla institucional para el papel al que se sentía llamado fue pedir el título eclesiástico de “Misionero Apostólico”. Durante el resto de su vida, parece ser que valoró este título mucho más que cualquier otro que ostentara.

Los canonistas podrían explicar el término de maneras distintas, pero la interpretación de Chaminade era que un “misionero apostólico” era una persona enviada a ejercer su apostolado en un mundo no-cristiano, más allá de los límites de la bien ordenada vida eclesial. Era alguien que sentía responsabilidad por toda la Iglesia, por encontrar nuevos medios creativos de llegar a los abandonados y a quienes no habían sido alcanzados por los canales habituales de la gracia.

Al buscar este título, Chaminade parece haber estado pensando ante todo en los jóvenes de Francia que habían crecido sin ningún tipo de formación religiosa. Se ocupaba de ellos en toda su variedad: niños de la calle y deshollinadores, estudiantes de la universidad posterior a la Ilustración, jóvenes trabajadores, mujeres de clase media sin acceso a la educación, personas del campo y habitantes de las ciudades, o personas sin ningún tipo de habilidad especial que les permitiera valerse por sí mismos.

Desarrolló principalmente su tarea en Burdeos, pero también en otros lugares: Bazas, Agen, Auch, eventualmente el noreste de Francia, e incluso en lugares más distantes. Antes de que los jóvenes pudieran agruparse en estructuras parroquiales tradicionales, le pareció necesario reunirles en comunidades que ofrecían una base sólida y atractiva de formación cristiana. Sentía que su papel como “misionero apostólico” le daba la responsabilidad de ocuparse de todas estas personas, más allá de cualquier tipo de contexto parroquial. “Los convertiré en cristianos”, dijo en efecto al clero parroquial de Burdeos, “para que podáis hacerlos feligreses” (cf. *Espíritu de Nuestra Fundación*, vol. III, n. 212).

En la beatificación del Padre Chaminade, el Papa Juan Pablo II resaltó la “inventiva” de nuestro Fundador en la misión, su colaboración con el laicado, y su preocupación especial por los que se encontraban desconectados de la vida eclesial. Creo que todos nosotros, en especial los marianistas que nos encontramos en la cúspide de nuestro servicio, estamos llamados a algo similar.

El título canónico de “Misionero Apostólico”, originalmente relacionado con la Congregación para la Propagación de la Fe, ya no se utiliza activamente en el Vaticano. Existe sólo como designación honoraria para ciertas personas, como los sucesores de nuestro Fundador como Superiores Generales de los marianistas. Pero el espíritu que motivó que el Beato P. Chaminade valorase tanto este título sigue siendo muy significativo para nosotros en la actualidad.

En sentido análogo, todos deberíamos ser “misioneros apostólicos”. Este espíritu es especialmente adecuado para los que nos encontramos en esta etapa de la vida. Frecuentemente somos llamados a emprender nuevas iniciativas porque la gente las necesita. Tenemos instituciones maravillosas, y estamos llamados a utilizarlas para dar un servicio creativo a los demás. A veces se nos llama a crear nuevas instituciones o a servir en nuevos lugares. Como nuestro fundador, deberíamos intentar desplegar una creatividad inventiva en la misión, y acercarnos a los que se encuentran alejados de los canales habituales de la vida eclesial. Como él, deberíamos tener un interés variado y un sentido de corresponsabilidad por el bien de la Iglesia en su conjunto. Como él, deberíamos interesarnos en especial por los jóvenes, dentro de nuestros ámbitos institucionales y fuera de ellos, como el futuro de nuestra Iglesia y del mundo.

Nosotros que tenemos cierta madurez y experiencia estamos particularmente invitados a vivir este significado misionero, a tomar las riendas para satisfacer las necesidades eclesiales emergentes, a estar llenos de ideas y proyectos para el bien de los que más fácilmente “caen por las grietas” en el apostolado de la Iglesia de nuestro tiempo.

Tres tareas especiales

Me gustaría resaltar tres áreas especiales dentro de nuestras tareas creativas como “misioneros apostólicos” de hoy.

1 – En primer lugar, deberíamos preocuparnos y tener una actitud positiva acerca de la colaboración con los laicos en la misión. Si algo hay profundamente arraigado en el carisma marianista, es la certeza del papel esencial que los laicos pueden desempeñar en nuestra Iglesia. Estoy convencido de que una asociación activa con el laicado es un elemento clave para preservar la misión que hemos heredado y también para ser inventivos en la Iglesia de hoy y de mañana.

En la actualidad, el papel del laicado se resalta en todas partes. En la época del P. Chaminade un laicado demasiado activo se consideraba innovador y peligroso – hasta el punto de que grupos como su Congregación de Burdeos fueron eclipsados durante más de un siglo, reducidos a

asociaciones piadosas más bien pasivas. La visión del P. Chaminade a veces se consideraba extraña y aberrante. Fue un “profeta del laicado”, pero se adelantó a su tiempo.

La visión eclesial de Chaminade no prosperó nuevamente hasta el Vaticano II. La Familia Marianista global, que ofrece un espacio de fidelidad y creatividad eclesial para todas las fases de la vida, edades, sexos y antecedentes culturales, es esencial para comprender la misión marianista de hoy. No hay nada en la herencia conciliar que esté más en armonía con nuestro carisma fundacional que esta asociación activa con los laicos en la espiritualidad y en la misión. Su realización dependerá de la dirección de personas como nosotros.

Pero, en nuestro sentido de la responsabilidad, podemos sentirnos tentados de monopolizar el liderazgo, de tomar nosotros el protagonismo, de considerar la vida marianista quizá con excesiva firmeza como nuestro terreno exclusivo. Frecuentemente sentimos que nuestro estatus como religiosos o miembros del clero, nuestra experiencia y educación nos dan derecho al poder y al dominio. Después de todo, frecuentemente las cosas parecen ir mejor – al menos, más a nuestro gusto- ¡cuando estamos firmemente al cargo! A veces necesitamos soltar las riendas, confiar la misión con más confianza a otros. Tenemos un reto continuo de trabajo con y a través de otros, de atracción a la misión de oración, amor y servicio, que es la vida de la Iglesia, al mayor número de personas.

2 – En segundo lugar, tenemos que dar prioridad absoluta a la formación en la fe, al servicio de aquellos que buscan puntos de amarre y de referencia sólidos. Los religiosos deberían ser reconocibles por ser personas con una genuina experiencia en los caminos del Espíritu de Dios. De las personas de nuestra edad y experiencia puede legítimamente esperarse que tengamos los recursos y la experiencia para el acompañamiento espiritual de otros.

Con nuestros temperamentos activos y nuestros conocimientos, podemos vernos tentados de absorber todas nuestras energías en proyectos de largo alcance, y desatender las tareas menos tangibles de la orientación espiritual. Aquí nuestro Fundador es un modelo especialmente bueno para nosotros. Dedicó la mayor parte de su tiempo a guiar a los demás, trabajando serenamente en y a través de ellos para el bien de toda la Iglesia. No hay servicio o apostolado más valioso o más necesario en la Iglesia de hoy.

3 – En tercer lugar, deberíamos ser buenos ejemplos de solidaridad, de cercanía a los pobres en nuestro tiempo y lugar. La primera generación de la Familia Marianista realizó innumerables proyectos para los pobres y los marginados. Evitando una teorización abstracta o una identificación romántica con los pobres, los primeros miembros de la Familia Marianista emprendieron servicios innovadores en solidaridad con ellos. Pensad, por ejemplo, en la Madre Adela y su labor con las gentes del campo, en María Teresa de Lamourous y en su obra con las mujeres con problemas, en la misión del P. Chaminade a través de la Congregación de Burdeos entre los deshollinadores y prisioneros, o en su insistencia en fundar escuelas gratuitas para los pobres.

Más explícitamente que nunca, la Iglesia de nuestro tiempo ha llegado a identificar este tipo de solidaridad como una parte integrante de nuestra misión. Quizá nosotros los marianistas estemos empezando a redescubrir esta dimensión actual de nuestro carisma, muy especialmente en proyectos educativos creativos, formales y no formales, tendiendo la mano a los que de otro modo no podrían acceder a una educación de calidad. Este movimiento requiere de la experiencia y de la dirección de marianistas maduros y experimentados.

María como una mujer sensata y madura

María es un modelo de fe y fidelidad, así como una inspiración para la misión en cada momento del viaje de nuestra vida. Juan el Evangelista la presenta de maneras que nos parecen especialmente importantes en este momento de nuestra vida. Las historias de Juan acerca de María parecen haber sido las favoritas de nuestro Fundador.

En Caná, Juan nos muestra a María como una persona práctica, cercana a la gente corriente, atenta a sus necesidades, sensible a sus problemas, con un agudo sentido espiritual de la oportunidad, inventiva e insistente en sus esfuerzos por responder a las llamadas del momento. En esta escena parece actuar como una especie de mentor o estímulo para su Hijo divino. Es una buena inspiración para los que estamos profundamente implicados en una gran variedad de actividades al servicio de los demás.

Más tarde, al pie de la Cruz, Juan nos presenta a una María que sabe que no es capaz de controlar los acontecimientos, pero que permanece fuerte y solidaria, compartiendo misterios divinos de salvación cuyo pleno significado sólo llega a comprender vagamente. Representa un aspecto de nuestro viaje vital que todos somos demasiado propensos a olvidar: no podemos dirigir y controlar ciertas cosas, pero estamos llamados a vivir en misterio y en unión con una obra de salvación que es mucho mayor que la nuestra.

Al final de esta carta, os dejo con estas imágenes que Juan nos ofrece de María. También añado para vuestra meditación una imagen de nuestro Fundador, pintada por Fausto Conti, utilizada como retrato oficial en el momento de su beatificación. Cuelga de la pared frente a mi escritorio, aquí en Roma. Muestra una figura seria y amable con ojos penetrantes – alguien que puede de verdad inspirar a los demás. Como se infiere de la lectura de esta carta, veo al P. Chaminade como un modelo especial para nosotros en los años más activos de nuestras vidas.

Que el Señor y María su Madre, cuya presencia estuvo tan viva en la vida del Beato Padre Chaminade, estén con nosotros en nuestro intento por ser fieles a nuestro tiempo en cada etapa de la vida.

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General, Misionero Apostólico

